

Otros gendarmes de la brigada de San Gervasio, emboscados á la vuelta del sendero que rodeaba, por decirlo así, los costados de aquel desnudo pico, cortaban la retirada al fugitivo.

A las dos de la mañana, en aquella soberbia noche, clara como un día del Norte, Servoz, atrincherado en una meseta estrecha que tenía debajo un abismo de trescientos metros de profundidad, abismo en el fondo del cual rugía un torrente engrosado por el deshielo de las nieves, se vió cercado en este último asilo y en la imposibilidad de dar un paso más.

En el momento en que los gendarmes iban á apoderarse de él, hizo la señal de la cruz sobre su frente y se clavó en el pecho el cuchillo con que había herido á Juana Barfleur, cayendo de cabeza al abismo sin exhalar un grito.

---

## QUINTA PARTE.

---

### EL FARO DE ROVILLE

---

#### I

#### El último golpe.

Santiago de Brandes había calculado bien. No ignoraba que en los negocios, los detalles más insignificantes aseguran muchas veces el éxito.

Su carta salió por la mañana de la estación Montparnasse, una hora ántes de que él tomara el tren de Cherbourg.

A las dos la recibía el cochero de los Essarts, en el correo de Rouvres, con un paquete de correspondencia y periódicos, y emprendía la marcha hacia el castillo.

La contestación no era urgente.

El baron se creia ya seguro del éxito.

Así era que su fisonomía, de energicas facciones, manifestaba una gran alegría; sus ojos brillaban de una manera singular, con la llama de todas sus esperanzas reavivadas, mientras, que el expres que le conducía atravesaba, en el momento que su carta llegaba á los Essarts, los accidentados terrenos que se estienden entre Valognes y la punta de la admirable península del Contentin.

No le parecia mal dejar á la señorita de Roye tiempo para reflexionar y descansar el mismo de las poderosas emociones por que acababa de pasar.

¡Por qué singulares fases de fortuna pasaba!

Desesperado pocos dias ántes, perseguido por la miseria y la ruina, abatido, como un herido olvidado sobre un campo de batalla, se levantaba por medio de un triunfo seguro.

Germana cedería.

El baron estaba seguro de ello.

El pensaba que el amor maternal del cual tantas pruebas le habia dado ya, vencería su orgullo, y que si al pronto se resistía como un caballo que retrocede, resistiéndose á la espuela y al látigo, concluiría por doblegarse, por declararse vencida y someterse.

Santiago de Brandes se engañaba.

Y se engañaba en perjuicio suyo.

Germana no sintió la rebelion del orgullo que él preveía.

Se rindió en seguida.

Ya no tenia fuerza, ni amor propio, ni aun dignidad, podíamos decir, si aquella mujer tan orgullosa y tan altiva hubiera podido perderla.

La larga lucha que habia sostenido, las torturas que habia sufrido, agotaban su valor.

Estaba agitada por una sola idea: su hija. Y no tenia más que un deseo: ¡encontrarla!

Todo lo demás desaparecía ante aquel reflejo que la cegaba.

Desde que habia vuelto á los Essarts, ni aun intentaba distraerse de ese pensamiento.

Se complacia en él y á él se abandonaba completamente.

Pero al menos allí, en medio de aquellas soledades, en donde habia tantos recuerdos de su infancia, ya no se veía obligada á reprimirse.

Los dias se deslizaban en una perpétua monotonía, pero no sin cierta dulzura.

Desde por la mañana montaba á caballo, sola la mayor parte de las veces, porque el general no estaba ya en edad de entregarse á tan violentos ejercicios, y se lanzaba al galope en pleno bosque para aturdirse, buscando los sitios más desiertos y los más salvajes.

Cuando volvía, despues de aquellas furiosas escursiones, prodigaba á su tio los más atentos y cariñosos cuidados,

El general sobrellevaba su ancianidad con un resto de vigor.

Solo que su vista, muy debilitada, no le permitía leer sus cartas y periódicos. Germana era quien desempeñaba el oficio de lectora.

El anciano no era, por lo demás, difícil de satisfacer.

En pocas palabras hubiera podido su sobrina ponerle al corriente de las noticias; pero ella queria pagarle con atenciones y cuidados los servicios que de él habia recibido y las pruebas de cariño que aquel excelente hombre no cesaba de prodigarla.

Era un conmovedor espectáculo el de aquellos dos privilegiados seres, tan decididos el uno por el otro, tan desgraciados en su opulencia como Juana y Colette lo eran en su pobreza.

En el momento en que la carta de su primo llegaba á los Essarts, Germana estaba sentada en la habitacion del anciano, una vasta celda en la cual el único mueble notable que habia era una gran cama de retorcidas columnas.

Ursula entró llevando en una bandeja los periódicos y la correspondencia del señor de Treville y de su sobrina.

Germana interrumpió una lectura que habia

comenzado y dirigió los ojos á los papeles que su doncella acababa de entregarla.

Al descubrir entre algunos otros un sobre en el cual reconoció la letra del baron, palideció y lo rasgó con viveza.

A las primeras líneas, vió el general que su rostro se contraía.

Germana apoyó una mano sobre el pecho como para comprimir los latidos de su corazón, y pasó la mano por los ojos como para conjurar un deslumbramiento.

—¿Qué es eso?—preguntó el general incorporándose.

—Escuchad.

Germana leyó en alta voz, en presencia de Ursula, lo que el baron había tenido la audacia de escribirla.

Y cuando hubo acabado:

—¡Siempre este hombre!—murmuró dejando caer la cabeza sobre el pecho.

El general no encontró una palabra de consuelo que decirle.

Desde hacia mucho años había juzgado á Santiago de Brandes.

Aquel carácter indomable, no dejaba abrigar ninguna esperanza.

Seguía el plan que se había trazado con inflexible rigor.

Dueño de su secreto, le había puesto un precio, y no se volvería atrás de su palabra.

Germana se acercó al anciano, su refugio en sus grandes dolores.

Y como el día del duelo al pié de la Encina Hueca, se arrojó en los brazos del general, murmurando entre sollozos:

—¡Ah! ¡tío!

Ursula permanecía inmóvil, muda espectadora de aquella escena, parecida á tantas otras de que había sido testigo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo el general cogiendo las manos de su sobrina.

—¡Yo?—exclamó extraviada.

Y sin vacilar un segundo, añadió:

—Lo que exige.

—¿Y Roberto?—observó el anciano.

—Iré... le pediré que rompa, de acuerdo conmigo, nuestro matrimonio... que no se oponga al divorcio... ¡Me ama!... Tiene un corazón noble... ¡Consentirá!... Quiero que lo sepa todo al fin...

Germana se había sentado á los piés del general en un taburete.

Se levantó en un estado de exaltación que contrastaba con la calma que afectaba ante las gentes.

—Sí, he sufrido demasiado. Se me agotan las fuerzas... ¡Quiero mi hijo! ¡Poco me importa el resto! Pero saber que se encuentra en la miseria, lejos de mí, sin una mano que la sostenga, sin una persona amiga que la consuele... ¿puedo consentir esto?... ¡Me volveré loca! ¿No es verdad que lo aprobáis? ¿No es verdad que tengo razón, que no puedo conducirme de otro modo? ¡Mi hija debe ser ante todo! ¡Está enferma en el lecho de un hospital! ¡Tella, la hija por quien daría mi sangre!... ¡Ah, el miserable! ¡Es preciso rendirse, obedecer! ¡Ursula!

—Señorita.

—Di que enganchen en seguida.

—¿Adónde vas?—preguntó el general.

—¿Adónde? Es muy sencillo. Acabo de decidirme. A Beaulieu. ¡Quiero ver á Roberto! ¡Quiero ver también al conde!

Germana se expresaba con una pesadumbre singular. Todas las heridas de su orgullo se volvían á abrir. Consideraba el paso que iba á dar como una rehabilitación y como una venganza para ella. Como una derrota para el viejo hidalgo.

—Supongo que se admirará cuando yo se lo diga todo—añadió.—Todo, sin rodeos y sin reticencias. Se arrepentirá de habernos tratado con tanta dureza. Es de esperar que me escuchará cuando sepa por qué me conduje de aquella manera, por que seré la mujer, sí, ¡la mujer! ¡de ese ser á quien tuve por amante! ¡Ah,

él me creyó embustera, vil, odiosamente criminal! ¡Me parece que mi falta está suficientemente espiada! ¡Tal vez, al saber lo que he sufrido durante veinte años, me perdonará el mal involuntario que he causado á su hijo y el que voy á causarle! ¡Venid vos conmigo, tío, os llevo!

Y como Ursula no habia salido aun de la habitacion:

—Pero id pronto—ordenó Germana con impaciencia.

Ursula intentó hacer una tímida objeccion.

—El capitán Perros está en Barfleur—dijo.

—Y bien, ¿qué?

—El capitán tiene buenas esperanzas.

La señorita de Roye se encogió de hombros.

—Ilusiones—dijo.—Esc pobre Perros hace lo que puede, pero conoce mal al hombre con quien tiene que luchar. Santiago es el hombre de todas las astucias y de todas las audacias... Nos lo ha probado bien. Y además—añadió golpeando el suelo con el pié—¿tengo tiempo que perder? ¡Mi hija está enferma, espirando tal vez en el hospital! ¡Id, Ursula, id pronto!

Ursula salió.

—¡En el Hospital! ¿lo entendeis, tío? ¡Ah, qué monstruo!

Se volvió á sentar á los piés de su tío.

—¡Que la recobre, que la vuelva á ver, que la tenga—dijo,—y el resto no me importa!

Germana miraba al anciano, buscando en sus ojos un consejo, un signo de consentimiento, una muestra de aprobacion.

El señor de Treville la cogió la cabeza entre sus delgadas manos.

—Y yo, mi pobre martir—la contestó con la agradable bondad de los abuelos,—que la sonrisa vuelva á tus labios; que esos bellos ojos no derramen ya más que lágrimas de alegría, en lugar de los torrentes de tristeza que de ellos he visto salir, es todo lo que pido!

Se oyó el ruido de un carruaje que rodaba

por la arena de los paseos y que se colocaba delante de la puerta del castillo.

—Vamos, tío—dijo Germana—¡cogeos á mi brazo y sostengámonos el uno al otro! ¡Con vos allí seré fuerte, ya lo vereis!

La habitacion del general estaba situada en el piso bajo del castillo.

Atravesaron una serie de salones y llegaron á la puerta.

El cochero y el lacayo oyeron con gran admiracion la orden que se les daba.

—¡A Beaulieu!

Desde la lúgubre jornada de la boda, no se habian vuelto á encontrar jamás los dos antiguos amigos.

Pero la orden era clara.

La victoria emprendió la marcha por la avenida secular, en una extension de media legua corta y una soberbia linea recta de bosque de los Essarts.

Despues rodó á través de una serie de bosques y sotos, dependientes de los bosques de la Trapa, y pronto se distinguió, por encima de las onduladas y verdes pendientes, la masa solemne y triste del castillo de Beaulieu.

La victoria atravesó una avenida más corta, pero tan bella como la otra. Dió vuelta en un patio de honor y se detuvo en un ancho pórtico de magnífica piedra de Alenson.

Un lacayo que dormitaba en una banqueta del vestibulo, se levantó.

Su cara expresó una admiracion parecida á la que habia expresado la del cochero y el lacayo cuando recibieron la orden, al oír que Germana le decia, con segura voz:

—Hacedme el favor de anunciar al señor de Treville y su sobrina.

El criado abrió las dos hojas de la puerta del vestibulo y se separó diciendo:

—Si el señor general y la señora quieren entrar en el salon?... Voy á prevenir al señor conde y al señorito Roberto.

## II

## El sacrificio.

La promesa hecha en París por la señorita de Roye se realizaba en los Essarts.

Germana había encontrado con frecuencia á Roberto desde su vuelta.

En la sombra de aquellos lugares, en donde había nacido y se había desarrollado su intimidad, se dulcificaban los sufrimientos que la separación causaba al exoficial.

Le parecía que se borraban veinte años de su vida y que volvía á los hermosos días de su juventud.

Poco á poco se olvidaban las miserias del pasado.

Aquellos dos seres, tan mal tratados por la suerte, se reunían casi todos los días en el paseo. Una hada bienhechora les conducía el uno hácia el otro.

Entonces los dos, evitando la presencia de testigos, como si su reunión hubiera sido un crimen, caminaban el uno al lado del otro hablando del pasado, sin hacer alusión alguna á las causas de su separación, ni aun á su amor de otros tiempos, limitándose á los recuerdos de

su infancia, á los tiempos en que eran casi hermanos, felices de verse, de hablarse y de consolarse el uno al otro por aquella discreta simpatía.

Tan luego como Roberto vió llegar la victoria, salió precipitadamente de su habitación.

Es inútil decir que el interior de una casa, en donde viven dos hombres, divididos por un sentimiento tan profundo, carecía de alegría.

El padre y el hijo guardaban, el uno para con el otro, las mayores consideraciones, una actitud afectuosa y digna por ambas partes, pero el inflexible cazador, no perdonaba á su heredero la decadencia de su raza y su debilidad para con una mujer, á la cual el conde, austero y rígido como decía irónicamente Germana, profesaba odio y desprecio, tanto más profundos, cuanto que su ternura por ella había sido muy viva.

Desde que Roberto se negó á romper los lazos que le unían á Germana, fué evidente para el padre que el apellido de Beaulieu estaba fatalmente condenado á desaparecer.

La casa parecía una tumba.

Durante las temporadas de caza, el viejo monterero, siempre robusto, corría los bosques detrás de sus perros y descargaba sobre los ciervos, los jabalíes y las liebres de los bosques vecinos, el furor que concentraba en sí, pero los meses de verano eran penosos.

Roberto tenía á cada instante esplosiones de cólera que no estallaban jamás.

Aquel día Roberto, tuvo un momento de temor.

El choque era inminente.

La llegada del general y de su sobrina no podían menos de provocar un estallido.

Así es que bajó con precipitación la escalera para acudir al salón en donde sus vecinos esperaban.

El general y Germana conocían bien aquella inmensa pieza, completamente artesonada, cuyo principal adorno consistía en retratos de

—Y cuando en el momento en que en medio del aturdimiento de un duelo, ¡ue hubiera querido impedir á costa de mi vida, intenté defenderme y esplicároslo todo, ¡me rechazasteis! Os negasteis á oirme, uniendo á las torturas que sufría, la de verme despreciada por los dos hombres cuyo afecto apreciaba yo por encima de todo, vos, á quien profesaba un cariño filial, y Roberto, á quien mi corazón se había entregado libremente y sin cálculo, espero que me dispenseis al ménos el honor de creerlo.

Su tono se había vuelto acerbo.

La rudeza del conde, le crispaba los nervios.

El orgullo de su raza se reanimaba.

No se trataba ya de una confesion sino de una lucha.

Germana quería desquitarse de los desdenes y de la actitud hostil del viejo castellano.

Y entonces, á grandes rasgos, contó los nefastos acontecimientos de la noche del 17 de diciembre de 1863, las mortales inquietudes que la siguieron, su alumbramiento en Jersey, la desaparicion de su hija y los esfuerzos que había hecho para defender su reputacion comprometida.

—Era mi honor y el de vuestro hijo lo que yo defendía,—dijo al fin—su vida amenazada, lo que yo quería proteger, evitando al mismo tiempo un odio de familia cuyo desenlace no podía menos de ser funesto con un adversario resuelto á todo como Santiago de Brandes. Esperaba que vuestra amistad me permitiera, al menos, el honor de una explicacion; que me concederiais el derecho de defenderme si alguna calumnia llegaba á vuestros oídos. Me engañé. Sufrimos el castigo cruelmente y tal vez tuviérais razon hace un momento. ¿Para qué remover cenizas, frias desde hace ya tantos años?

El conde parecia presa de una emocion de la cual procuraba en vano defenderse por las tenaces dudas que le dejaban las explicaciones de Germana.

—Os lo he dicho todo—continuó Germana.—Me ha costado mucho. Y comprendo que no me creéis. Sé que hubiera debido hablar antes. Pero debeis pensar que hay confesiones que no se hacen más que á un sacerdote, en la soledad y en el secreto del confesionario, y en aquellos tiempos os hubiera encontrado más incrédulo aún. El orgullo ha cerrado mis labios, y callaría hoy como entonces si no tuviera que defender mis intereses y los vuestros y si el verdadero culpable, el único culpable, no me hubiera suministrado, en la alegría de su triunfo, la prueba de mi inocencia.

Germana sacó la carta de Santiago de Brandes y se la presentó al conde, diciéndole:

—Leed.

El conde la leyó con atencion.

Cuando llegó á la firma: Santiago de Brandes, escrita con todas sus letras, se mordió los labios y sus ojos se fijaron en los árboles del parque con obstinacion, como si esperara ver surgir una idea que huía de él.

—Ya veis, caballero—continuó Germana—que he sido victima de un lazo, de una indigna traicion, y que, despues de haber sido la más desgraciada de las mujeres, soy la más desgraciada de las madres. Puede ser que aún abriguéis alguna duda. Si hubiera amado verdaderamente á Santiago de Brandes; si en un momento de debilidad, de cobardia ó de locura, hubiera accedido á sus deseos, ¿creéis que hubiera vacilado un momento en reparar aquella falta, entregándome á él para siempre despues de haberle pertenecido voluntariamente un instante? Eso sería conocerme mal. Inocente, no teniendo nada que censurarme, me creía fuerte. Pensaba que podía conservar á la vez á la que él llama tan justamente la hija del crimen y el amor del hombre que tan libremente había escogido. He perdido los dos. Cuando Santiago de Brandes me decia á dos pasos de Roberto moribundo: «¡Volverás á ver á tu hija el día en que seas mial», vos, caballero, con un

gesto que no olvidaré jamás, me arrojabais de vuestra familia como indigna, y, sin la ternura de mi tío, que me ha salvado de mi propia desesperación, no me veriais hoy aquí.

Germana se expresaba con una gran vivacidad, casi agresiva.

—Germana...—suplicó Roberto.

Ella repuso con frialdad:

—No me juzgueis mal, amigo mío; estoy cansada de todo, cansada de ser mal juzgada y de soportar un castigo que no he merecido, lo digo muy alto. Hui de miedo a ceder a los deseos de ese hombre, cuya tenacidad no conocéis. Poco a poco todas mis heridas se han cicatrizado. Amaba a Roberto con toda mi alma, no lo oculo. Largo tiempo, la idea de sus penas, la del desprecio que le merecía, me atormentaron sin dejarme un minuto de reposo. Después el olvido descendió a mí como un sueño. Me he acostumbrado a la idea de mi soledad y de todas esas ruinas del pasado, una sola imagen se ha elevado atrayéndome de nuevo a este país del cual había desertado. Esa imagen es la de la niña de Jersey, cargada con tantas maldiciones, puesto que me deshonraba y cuyo recuerdo me perseguía sin cesar, más vivo a medida que los años pasaban. Era para mí una idea fija; una verdadera alucinación. Veía a mi hija crecer sin madre, sin consejos, sin apoyo, entregada a todas las vicisitudes de la vida y de la pobreza. Nada podía descubrir sin él; volví decidida a todo, a comprar el secreto del barón a cualquier precio que fuese. Fui a buscarle a su casa en París, a una triste habitación de estudiante. Estaba arruinado, casi sin recursos. Pensé obtener fácilmente lo que quería, sobre todo a causa de su sobrino a quien sabía yo que amaba. Le ofrecí todo. Me respondió:—¡Mi precio sois vos!—Se mostró inflexible. Le abandoné amenazándole. He recurrido a toda clase de medios. ¡Pero en vano! Entonces intenté resistir aun. Venis a encontrarme cobarde, sin orgullo, sin corazón, tal vez. ¡En el momento en

que he recibido esta carta, estaba resuelta a someterme... a ceder... ¡estaba vencida!

Se detuvo.

Lo que tenía que decir para terminar, la costaba trabajo.

Levantó los ojos hacia Roberto.

Estaba aterrado.

Tal vez preveía lo que Germana iba a decir por conclusión.

Esta se acercó a él.

—Roberto,—le dijo—somos víctimas de una extraña fatalidad. ¡He apreciado, creedlo, la nobleza de vuestros sentimientos y la extensión de vuestro cariño, y si tuviera necesidad de un consejo a vos es a quien se lo pedí ¡Esa criatura, que lloro, que busco desde hace tantos años, no puedo dejarla morir sin volverla a ver! ¡No quiero que espere sin recursos, maldiciéndome, en el lecho de un hospital! Es imposible, ¡no es verdad? ¡Ese hombre exige mi fortuna! Se la daré. ¡Quiere que lleve su apellido! ¡Lo llevaré! ¡Me mataré antes que ser suya! ¡Pero lo demás que lo coja! ¡Estoy destrozada! He luchado años, muchos años... Ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.

Se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Roberto, con los ojos medio cerrados, lívido como un espectro, apoyado en la pared, no se atrevía a mirarla.

El conde se aproximó a ella.

—Germana, hija mía,—la dijo—he sido muy injusto con vos. Perdonadme.

Germana le tendió la mano y el conde la besó.

—¿Habeis hablado de un servicio?—la dijo.

Germana inclinó la cabeza.

—¿Queréis ser libre?

—¡Ay!

—¿No hay otro medio de salvaros?

—Lo he intentado todo, no me queda ya esperanza alguna.

—¡Germana,—murmuró el vizconde—lo que me pedis es mi vida!

—¡Me creéis más feliz que vos! ¡Os lo he dicho, Roberto, os amabal... Os amo aun... ¡Pero es preciso romper el último lazo que nos une!

—Obrad, pues, como os plazca. ¿Queréis ser libre? lo sereis.

Germana murmuró con voz tan débil que apenas se oyó:

—¡Gracias!

—Cuando se separaron, Roberto cogió la mano de Germana y la estrechó contra su pecho con pasión.

—Adios—la dijo.

—¡No, hasta la vista—respondió ella—y si la amistad de una hermana puede suavizar vuestras penas, aquí estoy yo!

El vizconde movió la cabeza y no contestó. Cuando montaron en la victoria, la siguió con la vista hasta que desapareció, y subiendo después á su habitación, escribió lo que sigue:

«GERMANA:

- »Os devuelvo vuestra libertad.
- »Es tanto como daros mi vida, os lo he dicho y no me habeis comprendido.
- »Os perdono.
- »Vuestros sufrimientos son terribles.
- »Los míos son insoportables y voy á ponerles fin.
- »Adios.
- »Nos hubiéramos amado con un amor eterno, puesto que tantas fatalidades y tantos años no han podido extinguir este amor.
- »Vuestras últimas palabras me han colmado de alegría.
- »¡Soy amado!
- »¡Soy feliz!
- »Bendita seais y pensad alguna vez en el que muere por vos,

ROBERTO DE BEAULIEU.»

Dieron las siete, la campana de las cocinas anunció la comida.

Guardó la carta en un cajón y bajó.

El padre y el hijo estaban solos en el inmenso comedor. El uno y el otro estaban abismados en sus reflexiones.

Antes de retirarse, el padre le estendió los brazos y le estrechó contra su pecho.

Roberto salió un instante al parque, encendió un cigarro, y se paseó bajo los grandes árboles de aquella estancia slemne y triste.

Se aproximaba la noche, estrellada y tibia, después de un día de calor sofocante.

Roberto examinó una vez más aquellos lugares apacibles, tristes ahora, pero que hubieran sido tan encantadores animados por el rayo del amor que alegra hasta los más horribles desiertos.

Volvió á entrar en el castillo.

Ya en su habitación leyó de nuevo la carta, la metió en un sobre y puso las señas.

Estaba sentado ante un viejo pupitre de marquetería, muy antiguo, sujeto á la pared entre dos grandes ventanas que daban sobre el parque.

El retrato de su madre cubria el lienzo de pared por encima de aquel pupitre.

La miró un instante y la envió un beso.

Y, con mano segura, cogió una pistola, introdujo en ella dos cartuchos é hizo jugar los muelles.

Aquellos dos paquetitos de pólvora y plomo eran la libertad para Germana y el descanso para él.

No vaciló, dirigió una última mirada al parque, al retrato de su madre, una mujer rubia de aspecto sencillo, dulce y bueno, que contrastaba con la severa fisonomía del conde, y levantando lentamente el arma, dirigió el cañon hacia sus sienes y oprimió el gatillo.

La bala se perdió en el techo.

Una mano nerviosa acababa de asir la mu-



ñeca de Roberto haciendo que variara la puntería.

Al mismo tiempo una voz ruda y casi imprecisa exclamó:

—¡Desgraciado!

Roberto se levantó bruscamente.

El padre y el hijo se encontraron frente á frente.

—¡Sabes—repuso el conde—que esto que haces es cobarde é indigno de un hombre y de un cristiano? Cuando no se puede soportar la vida, se sienta plaza y se hace uno matar al frente del enemigo por una buena causa, ó se hace uno fraile y espera la muerte á pie firme en el claustro, que es una muerte anticipada... ¡Estaba yo aquí! Te vigilaba, comprendi tu desaliento... Hubieras debido alegrarte de la confesion de esa desgraciada jóven... Germana no ha desmerecido... ¡En una palabra: nó te ha hecho traicion! ¿Y tú desesperas por su pérdida? ¡Espera á que se haya consumado! ¡Yo la aborrecía, y vuelvo a quererla como antes? ¡La detestaba, y la admiro! ¡Ella te dá el ejemplo! ¡Ha sufrido más que tú! ¡Se ha suicidado?... Desde tu venida te observo... Abrigaba temores, pero te creía más fuerte. ¿Crees que yo no tengo penas? ¡Tengo muchas y las soporto como hombre y como cristiano!

El conde levantó la mano hacia el retrato de la madre de Roberto, y añadió:

—¡Tu madre fué la única mujer á quien he amado! ¡Ella murió y yo vivo!

Y el alma de aquel robusto anciano se enterneció: una lágrima asomó á sus ojos; atrajo á Roberto hacia su pecho y le abrazó.

Después, separándose de pronto, añadió:

—Júrame renunciar á ese proyecto.

—Me es imposible vivir sin ella—dijo el vizconde.

—¿Tan débil eres?

—Veinte años de lucha os probarán lo contrario.

El conde apretó los puños.

—¡Pues bien, espera aún!—repuso después de un momento de silencio.

—¿Para qué?

—Germana quiere sacrificarse. Yo creo que ese sacrificio es inútil y que no se cumplirá. ¡Espera, pues, hasta el fin! ¡Te ama, te lo ha dicho! ¡No es esto bastante para sostenerte, si el cariño de tu padre no te es suficiente? ¡Me lo prometes?

—¡Puesto que lo exigís!

—¿Tengo tu palabra?

—¡Sí, padre mio!

—¡Después serás libre! Podrás obrar como quieras.

Y dicho esto, se separaron, abrumados por su impotencia ante un enemigo á quien no podían herir sin que el golpe alcanzara á Germana, puesto que al morir él se llevaría consigo su secreto.

Mister John Clarkson y miss Betty Clarkson  
de Liverpool.

El honorable John Clarkson de la casa Clarkson Gib y Sandworth, armadores, no era un personaje fabuloso ó fantástico.

Los Clarkson eran ventajosamente conocidos, á Dios gracias, en todos los mares en donde flotaba el pabellon de la libre Inglaterra.

La casa *Clarkson and C.<sup>o</sup>* poseia una escuadra más numerosa que la del célebre *Ango de Dieppe*, que tenia á raya á todas las potencias marítimas de aquel tiempo, y depósitos de carbon en todos los puntos en donde habia probabilidades de abastecer á un vapor amigo ó enemigo.

El capitán Perros habia conocido en otros tiempos, en una circunstancia grave, á John Clarkson, hijo, circunstancia grave para el inglés, cuyo *yacht* habia chocado contra un arrecife desconocido, en los alrededores de Borneo y se habia abierto el vientre como un mandarín que cae en desgracia para con el hijo del cielo.

La situación del isleño era más que crítica.

Algunos instantes más y hubiera servido de pasto á los tiburones con su tripulación.

El capitán Perros le recogió á bordo, mientras que el *yacht* se sepultaba solo en aquel peligroso mar.

De aquella aventura resultó una buena amistad entre el Breton y toda la casa *Clarkson hijo Gib Sandworth and C.<sup>o</sup>*

John Clarkson, habia perdido á su padre después de su naufragio y se encontraba al frente de los negocios, que continuaban prosperando.

En la época en que le presentamos era un hombre de cuarenta y siete años, de rigidos modales, muy tieso; de un inverosímil color rubio, con largas patillas, ojos verde claro; llevaba un extraño traje de color claro también, á cuadros, como los trajes de los *cloncos* y sombrero de anchas alas que recordaba los de los cuáqueros.

Dadas las seis de la tarde, se veia á John Clarkson de frac y corbata blanca y entónces se trasformaba en un *gentleman* perfectamente correcto.

Si el capitán Perros hubiese necesitado cualquier suma de libras esterlinas, ó de guineas, no hubiera tenido necesidad más que de presentarse en Liverpool, en Lóndres ó en Portsmouth en la casa Clarkson, y el digno inglés hubiera saldado con alegría y dinero contante y sonante, su deuda de reconocimiento.

En el colmo de la incertidumbre, no sabiendo como arreglarse para capturar al temible adversario que tenia en la persona de Santiago de Brandes y obligarle á un arreglo, el capitán Perros habia tenido una idea.

Después de haberse enterado de los negocios del baron, de su precaria situación y de la necesidad en que estaba de vender su posesion del Cotentin, la Honguette, cuya venta estaba anunciada en el despacho del notario de Barfleur, el capitán tomó el vapor y desembarcó en Liverpool.

Allí confió sus penas á su amigo Clarkson,

asi como la trágica historia de la señorita de Roye.

Les expuso al mismo tiempo su plan, que no carecia de cierta astucia.

John Clarkson se frotó la manos diciendo:

—Voy á poder desquitarme con este bravo Perros.

Algunos dias despues desembarcaba en compañía de su hija, Betty Clarkson, en Cherbourg, de un *steamer* en miniatura que tenia para su uso particular, y valia bien, por lo menos cuarenta mil libras esterlinas.

A John Clarkson le parecia casi una humillación que su salvador le pidiese tan poco.

No se trataba más que de visitar la Honguette y de hacer ver que le convenia, para obligar al baron á ir dos ó tres dias á Barfleur, con el fin de tratar de la venta.

El armador habia dicho á Perros:

—La compraremos, amigo mio, la compraremos realmente y el canton entero si es preciso.

Durante dos dias, recorrió el pais acompañado de Perros y se mostró estuasiado por los pintorescos paisajes que en él se encuentran á cada paso y por el proyecto que abrigaba de hacer construir sobre la costa una sorprendente *villa*.

Por lo demás, su entusiasmo no se manifestaba mas que por monosilabos y exclamaciones que repetia en seguida su hija Betty, una encantadora *miss*, con la cual no habia medio de que le pareciera á uno largo el tiempo.

—¡*Mentífico!*—decia—¡Completamente *curioso!* ¡*Admirabell!*

El notario de Barfleur, que recibió su visita, se alegró muchísimo de aquella entusiasta admiración.

Clarkson era un comprador como no habia otro y era preciso darse prisa á aprovecharse de sus buenas disposiciones.

El baron, hostigado por las cartas de su notario, acudió tentado por la ocasion.

Al llegar á Cherbourg encontró en la estacion

un despacho que le citaba á *La Tumba de las langostas*, en donde le esperaba el inglés y un coche que le condujo allí en hora y media.

El capitan Perros se habia eclipsado.

La venta de los Cloquart no habia perdido nada de su reputacion con los nuevos dueños que la dirigian.

Exteriormente seguia siendo la misma taberna, con su emparrado y sus plantas trepadoras que cubrian las paredes bajo el manto del abundante y vigoroso verdor de aquellos privilegiados lugares, en los cuales son desconocidos los hielos.

Pero los antiguss propietarios estaban á la sombra en el bonito cementerio de Barfleur.

*La Tumba de las langostas* habia pasado por legado á poder de Geneveva Brucourt, á la cual los Cloquard habian tomado mucho cariño.

Y rica por este donativo, Geneveva se habia casado con un sobrino de los Jeannin, los servidores de la señorita de Roye.

Geneveva tenia treinta y tres años y con su alegría y su frescura de normanda, sana y robusta, lo animaba todo.

Su marido no la cedia mucho en esto.

Como todos los Jeannin, era alto, de seis piés de altura, un mozo robusto y de buena raza.

Era una pareja adecuada.

Los asuntos prosperaban.

El interior de la casa era casi lujoso.

La cocina gozaba de merecida reputacion.

El Jeannin de *La Tumba de las Langostas* era un discípulo aventajado de su primo el cocinero del hotel de Roye.

En una palabra, la venta pasaba por la mejor casa de cinco leguas en contorno.

Pero no se hablaba mal del ama. La fama de Geneveva desafiaba toda critica.

Cuando el coche que conducia á Santiago de Brandes se detuvo delante de la posada, Geneveva estaba á la puerta, resplandeciente, con su traje de indiana de una frescura primaveral, con su cofia cuyas cintas flotaban sobre los

—La misma, aquella que se ahogó por haber perdido a su marido... la madre de las pequeñas...

—¡Es verdad!

—Antes de arrojarse al agua había llevado las dos niñas a casa de su tío, y éste las echó de allí encolerizado. Y desde entonces bebe para olvidar. La quinta marcha bien. La vendieron. La compró el viejo y la pagó al contado. Es uno de los mayores propietarios del país. Está cosido de oro. Daría todo su capital por encontrar a su sobrina. Se llama Collette Aubin... Pero nadie sabe lo que ha sido de ella. No se ha vuelto a ver a la señora que se las llevó. ¡Todo esto es muy extraño, señor baron!

Del emparraado de enfrente salían en aquel momento dos hombres que habían estado bebiendo. Al verlos, Geneveva hizo un gesto de disgusto.

—¡Oh, el canalla!—dijo.—El día menos pensado le voy a echar de aquí. Jeauvin no quiere; pero me hierve la sangre cuando veo a ese infame.

Geneveva golpeaba el suelo con el pié con visible cólera.

Uno de aquellos dos hombres eran Juan Perrinot, el hombre del drama de los Reniers.

¡Juan Perrinot, el cobarde asesino, el innoble seductor, la fiera!

Estaba más feo, era más vil y más odioso que nunca.

Al pasar por delante de Geneveva, la saludó, mirándola con disimulo. Esta no contestó a su saludo.

Le acompañaba Juan Launay, el patron de su balandra.

—Juan Launay tiene una hija de diez y seis años—dijo Geneveva en voz baja,—y si él supiese...

Pero cambió de asunto.

—Mirad, ahí viene vuestro inglés, señor baron—le dijo.—No desperdiciéis la ocasión, pues-

to que por desgracia quereis vender esa finca. Yo voy a dar un vistazo a la cocina.

E inclinándose añadió con cariñoso acento:

—Y ¡buena suerte. Ya sabeis que yo deseo vuestro bien, aunque vos no hayais querido nada conmigo.